# La construcción del nacionalismo timorense

José Antonio Rocamora

## 1. Timor portugués

La distancia de la isla de Timor de los focos donde surgió el nacionalismo contribuye a explicar el retraso de la llegada de esta ideología. Como en otras colonias, la población autóctona protagonizó una resistencia local o tribal frente a los colonizadores europeos, pero no una verdadera resistencia nacional, por más que posteriormente diversos movimientos nacionalistas hayan querido reescribir la Historia. De hecho fueron los propios colonizadores quienes llevaron la semilla del nacionalismo a las colonias. Semilla que, al germinar, destruiría el sistema colonial.

Las diferencias cronológicas de los procesos de europeización y modernización –así como su intensidad– aclaran los distintos ritmos de la ideología nacionalista en América, Asia

o África. Fueron las elites europeizadas –y en ocasiones étnicamente europeas– las primeras en dar muestras de un nacionalismo propiamente dicho, mientras –en esta primera fase– las masas autóctonas, más apegadas a sus culturas tradicionales, conservaban identidades preferentemente locales o tribales.

Concretamente, en el área del Sureste Asiático, el primer nacionalismo fue el filipino, aparecido en la segunda mitad del siglo XIX. Las Filipinas habían estado expuestas durante tres siglos a un influjo español nada desdeñable. La presencia de colonos fue reducida, constituyendo el clero el principal soporte de la presencia española. Se trataba de una situación similar a la de Timor, si bien en esta isla el éxito de la evangelización fue mucho más reducido.

El levantamiento de Apolinario y la Cofradía de San José en 1841, aunque protagonizado por indígenas, todavía tuvo un carácter prenacionalista. Como señala Togores Sánchez, el nacionalismo tagalo, base del nacionalismo filipino, surgió entre la elite económica y cultural, ya bien entrado el siglo XIX **(nota 1)**. Fruto de la actividad de esta elite sería el *Comité de Propaganda*, más conocido simplemente como *Propaganda*. La propia denominación resulta reveladora, ya que de un lado evidencia ser producto de un proceso de modernización

y por otro refleja las necesidades de sus creadores. Sus integrantes disfrutaban de un elevado nivel económico y cultural **(nota 2)**. El objetivo era acabar con el régimen colonial, pero no mediante la independencia, sino obteniendo para el territorio un trato de igualdad que acabase con la diferenciación entre colonia y metrópoli. Se trata de un hecho nada insólito en los procesos nacionalistas coloniales, comenzados con frecuencia a partir de una elite autóctona que se sentía sinceramente parte integrante de la nación colonizadora.

La biografía del mestizo José Rizal condensa la evolución hacia el nacionalismo de buena parte de la elite. Educado en un ambiente occidentalizado, se trasladó a Barcelona y a Madrid, cursando brillantemente estudios en sus universidades y formando parte de la *Propaganda*. Resulta revelador que su célebre novela *Noli me tangere*, en la que censuraba los abusos del colonialismo, fuese escrita en español y también el hecho de que su título fuese latino, si recordamos la importancia del clero en la colonización. Sólo tras el reconocimiento de la inviabilidad de este proyecto emprendería el camino de la independencia. Pero incluso cuando creó la Liga Filipina en 1892, pensaba que el pueblo filipino no estaba aún preparado para la independencia, por lo que el objetivo no era tanto la sublevación independentista como el

establecimiento de las bases que permitieran en el futuro el acceso a la independencia **(nota 3)**.

En la actual Indonesia, el inicio del nacionalismo fue algo posterior **(nota 4)**, pero nuevamente podemos encontrar entre los primeros nacionalistas a intelectuales y funcionarios occidentalizados, agrupados en el movimiento *Budi Utomo* (*Noble Aspiración*) en 1908. Estudiantes de las Indias Orientales Holandesas residentes en la metrópoli crearon en 1923 la asociación *Perhimpunan Indonesia* (*Unión Indonesia*). Se trataba todavía de la fase inicial de una ideología que necesitaba para su triunfo conseguir una mayor implantación social. Se crearon signos de identidad nacional, como la lengua bahasa indonesia, el fez negro (kopiah), la bandera o el himno **(nota 5)**. La Administración colonial holandesa no se mostró hostil hacia *Budi Utomo*, adoptando una actitud paternalista que provocó el abandono de parte de sus miembros e impidió su crecimiento, desapareciendo finalmente en 1935. Entre tanto, algunos miembros de *Perhimpunan Indonesia*, tras regresar a las Indias Orientales Holandesas, fundaron junto a otros intelectuales, el Partido Nacionalista Indonesio (PNI) en 1927, cuyo objetivo era la independencia. Su líder era el ingeniero Sukarno, que sí padeció la persecución holandesa, siendo encarcelado y confinado en varias ocasiones, mien-

tras el PNI era prohibido en 1931 **(nota 6)**. Siendo la mayor parte de la población agricultora, no es extraño que Sukarno intentase conectar con esta mayoría social, valiéndose para ello del marhaenismo, idea que intentaba transmitir la igualdad básica –frente al explotador colonialismo holandés– de todos los indonesios, simbolizados por la figura de Marhaen **(nota 7)**, un simple campesino dueño de un pequeño pedazo de tierra que vivía al límite de la subsistencia **(nota 8)**.

La ocupación de Filipinas e Indonesia durante la Segunda Guerra Mundial contribuyó decisivamente a la posterior descolonización de los territorios. Muchos nacionalistas filipinos e indonesios colaboraron con los japoneses, esperando que la derrota de los colonizadores occidentales estableciese una situación favorable a sus intereses. Al ocupar el Timor portugués, los japoneses también encontraron elementos colaboracionistas. Promovieron y toleraron la acción de grupos que actuaron contra los europeos, pero su motivación no era un sentimiento nacionalista. A lo sumo se trataba de un movimiento xenófobo derivado de las injusticias del colonialismo **(nota 9)**.

Tanto el nacionalismo filipino como el nacionalismo indonesio eran fruto de hechos políticos. No había una cultura que unificase internamente a Filipinas o a Indonesia y las diferenciase

nítidamente de sus vecinos. Tampoco había unidad lingüística, ni religiosa, a pesar del claro predominio del Islam en Indonesia o del Catolicismo en Filipinas. El recurso a la historia precolonial no proporcionaba resultados plenamente satisfactorios. Por ejemplo, no se podía establecer una identidad entre el imperio de Madjapahit –que se estableció en parte del territorio de Insulindia siglos atrás– y la Indonesia cuyos partidarios deseaban construir como Estado-Nación. Aún así, nada impedía que los nacionalistas se sintiesen tentados, como en tantas otras ocasiones, a manipular la Historia. El principal problema consistía en que en aquellos momentos el recuerdo de un pasado precolonial no era suficiente para movilizar a amplias capas sociales.

Lo cierto era que el espacio que los nacionalistas filipinos e indonesios entendían como sus naciones estaba directamente relacionado con las fronteras de las potencias colonizadoras. La única instancia unificadora nacional era, en el fondo, una autoridad extranjera. Incluso la religión, el elemento que, si no singularizaba claramente a las naciones, al menos aglutinaba a una mayoría de la población de ambos países, no era fruto de la *tradición nacional*, sino que era igualmente procedente del exterior. Si el nacionalismo resultó ser un producto extranjero, la propia idea de nación fue fruto de

esta presencia extranjera e incluso las denominaciones de Filipinas e Indonesia resultaron ser extranjeras. Cuando se independizó Indonesia y los holandeses intentaron conservar Nueva Guinea Occidental, el nuevo Estado reivindicó el territorio alegando no motivos religiosos, históricos o culturales, sino la pertenencia a las Indias Orientales Holandesas, de la cual la nueva Indonesia sería heredera **(nota 10)**.

El Sureste Asiático no escapó a la aparición de corrientes nacionalistas que procuraban basar su idea de nación en conceptos culturales. Hubo visiones nacionalistas que identificaron como un colectivo al pueblo malayo y pretendieron que ello tuviese las adecuadas consecuencias políticas, que conducirían a la integración en un Estado del vasto espacio poblado por este pueblo. Con frecuencia, este tipo de nacionalismo que pretende amplias unificaciones encubre simples apetencias expansionistas de un Estado. Ya en 1922 hubo partidarios de la formación de unas Grandes Filipinas mediante la integración de Borneo, como un paso hacia la Federación Pan-Malaya **(nota 11)**.

Si algunos nacionalistas filipinos, con una posición más sólida a inicios de siglo, habían intentado promover un nacionalismo panmalayo, tras la aparición de Indonesia, era ésta la que podía reclamar un papel protagonista en la unificación política

del espacio cultural malayo. En 1963 surgió una oportunidad, nuevamente con Borneo como origen. La integración de los territorios de Sarawak y Sabah –al norte de Borneo– en la Federación de Malaysia fue contemplada por Sukarno como una maniobra neocolonialista de los británicos, comenzando la política de *Konfrontasi* contra la Federación de Malaysia, con pésimos resultados para los indonesios.

La mayoría de los nacionalistas filipinos o indonesios comprendía que su objetivo principal no era cuestionar las fronteras coloniales en aras de un nacionalismo panmalayo. Al margen de que este nacionalismo irremediablemente despertaría rechazo entre quienes presumieran que implicaría una pérdida de poder político, los dirigentes de ambos países comprobaron que el recurso a argumentos culturales era sumamente peligroso, pues podían ser utilizados contra los Estados constituidos por parte de movimientos secesionistas. Los dirigentes de Manila o Yakarta heredaron algo más que las fronteras de sus potencias colonizadoras. Heredaron además problemas de integración de zonas como Mindanao o Atjeh (Sumatra), cuyas resistencias han terminado tomando también un aspecto nacionalista que inicialmente estuvo ausente.

Curiosamente, podemos hacer referencia a un temprano nacionalismo en Timor surgido en la parte holandesa de la isla. Allí hubo una notable actividad política desde 1920, que incluyó la presencia de comunistas y de nacionalistas. En este sentido, se definió una nacionalidad timorense partiendo del hecho geográfico de la insularidad, postulándose la independencia del conjunto de la isla. Cabe mencionar la Asociación Timorense (*Timorsch Verbond*) creada por el timorense occidental J. V. Amalo en 1927 en la ciudad de Macasar, capital de Celebes. En 1933 jóvenes formados en Java fundaron el grupo Jóvenes Timorenses (*Timorsche Jongeren*) **(nota 12)**. Debemos relacionar este hecho con la expansión de la enseñanza en holandés –ya a inicios del XX– de elites indígenas, que daría lugar a la aparición de otros grupos como la Joven Java (*Jong Java*) o la Joven Amboina (*Jong Ambon*) **(nota 13)**.

En cualquier caso, este brote nacionalista no puede considerarse un primer episodio del nacionalismo objeto de nuestro estudio, ya que existen importantes diferencias cronológicas, no se aprecian relaciones de influencia y ni siquiera hay coincidencia de sus respectivos objetivos nacionales. Mientras el Timor holandés acusaba ya una exposición a las nuevas corrientes ideológicas, el Timor portugués continuó viviendo

en un letargo premoderno, ajeno a la extensión del nacionalismo **(nota 14)** o los procesos descolonizadores. Si fue así, se debió ante todo a la ceguera del salazarismo, que soñaba mantener el viejo imperio portugués, envuelto ahora en ropajes *lusotropicales*. Bajo una supuesta identidad lusitana, caracterizada por su capacidad para fundirse con otras culturas y razas, la realidad política distinguía entre una categoría integrada por los ciudadanos metropolitanos y –a lo sumo– una minoría de *asimilados* en las colonias y otra que incluía a la inmensa mayoría de la población de las colonias. Si los primeros ya padecían importantes privaciones en materia de libertades políticas, de los segundos podríamos decir que rara vez llegaban a plantearse el problema de la libertad, ya que eran mantenidos en la ignorancia.

En 1959 se produjo una rebelión que resulta interesante por cuanto podría ser indicio de una sensibilidad nacionalista. El gobernador portugués Themudo Barata comenta el importante papel jugado por el cónsul indonesio en Díli –la capital– y por unos falsos refugiados políticos indonesios, pero no deja de señalar que algunos timorenses más instruidos ya sentían frustración por sus aspiraciones insatisfechas y por no haberse promovido el desarrollo económico. El cónsul indonesio

procuró ganar sobre todo las simpatías de la elite timorense para inclinarla hacia la integración en Indonesia **(nota 15)**.

Es difícil calibrar la orientación exacta del nacionalismo de algunos de los indonesios envueltos en la rebelión de 1959. Indonesia conocía desde su independencia fuertes tensiones entre los nacionalistas indonesios partidarios de una mayor centralización y quienes preferían una organización más descentralizada o incluso la secesión. También es difícil concretar las ideas de los timorenses implicados. Xanana Gusmão cuenta cómo al regresar algunos de ellos –miembros de la elite de funcionarios, enfermeros, etc.– de su exilio en Angola, fueron recibidos como héroes **(nota 16)** por una nueva generación, que –ésta ya sí con certeza– profesaba un nítido nacionalismo timorense.

Es improbable que el nacionalismo timorense caracterizase a la Oficina para la Liberación de la República de Timor que según Defert se creó en Yakarta en 1961 y que estaba auspiciada por el presidente Sukarno o una posterior organización denominada República Unida de Timor-Díli, que se autodefinía como malaya y musulmana **(nota 17)**, aunque dicha religión tenía una presencia insignificante en el territorio. Más bien podría tratarse de una maniobra de las autoridades

indonesias tendente a favorecer la integración del Timor portugués empleando un nacionalismo panmalayo.

## 2. Primer nacionalismo timorense

Entre tanto, el proceso de modernizador iba afectando inexorablemente al Timor portugués. Entre 1950 y 1960 la población de la capital, Díli, llegó a duplicarse, rebasando los 20.000 habitantes. En 1960 el antiguo colegio-liceo fue transformado en liceo y el número de alumnos pasó de 27 en el curso 1950-51 a 214 en el curso 1962-1963. La enseñanza primaria conoció una expansión similar. Se crearon escuelas municipales desde 1961 y las unidades militares también disponían de aulas, siendo el mayor problema la formación del profesorado. También existía una importante implicación de los misioneros en la enseñanza secundaria y sobre todo primaria **(nota 18)**. Estas transformaciones en el sector educativo fueron incrementándose en los últimos años de dominio portugués.

A pesar de estos avances, las carencias educativas eran indiscutibles, sobre todo para alcanzar una formación superior. El seminario de Dare, en las afueras de Díli, era el centro que ofrecía una enseñanza de más alto nivel en el territorio, habiendo pasado por sus aulas muchos de los futuros diri-

gentes nacionalistas, como Domingos Oliveira o Xavier do Amaral. Algunos alumnos conseguían después proseguir estudios en Macao. Los jesuitas introdujeron en el seminario de Dare un cierto espíritu crítico que arraigaría en muchos de sus alumnos.

Sólo en los últimos tiempos del dominio portugués hubo una mayor preocupación para que algunos timorenses recibieran una enseñanza universitaria en la metrópoli. Las escasas perspectivas económicas y profesionales que ofrecía Timor no animaban al regreso de los contados timorenses que conseguían una formación superior.

Naturalmente, tales carencias educativas se relacionan directamente con el tardío surgimiento del nacionalismo timorense y repercutían en la debilidad de unos cuadros modernos que pudiesen esgrimir esta idea para afirmarse frente al colonialismo portugués y a las autoridades tradicionales timorenses. No existía, en definitiva, una elite nativa y/o mestiza con suficiente fuerza para reclamar el ejercicio del poder político. También contribuían a esta debilidad del nacionalismo factores estructurales, como la limitada urbanización y modernización de la sociedad timorense. Cuando angolanos o mozambiqueños luchaban por su independencia y sus vecinos indonesios ya la habían conseguido, los aldeanos

timorenses no habían modificado sustancialmente su modo de vida. Pero unos cuantos timorenses, sobre todo jóvenes, comenzaban ya a concebir el territorio del Timor portugués como una nación.

En los últimos tiempos de la colonización portuguesa se habría formado un Movimento Revolucionário para a Libertação de Timor, dirigido por João Carrascalão –según su hermana Maria Ângela Carrascalão– en el cual habrían participado Ramos Horta o Xanana Gusmão. Aglutinaría a jóvenes y funcionarios que se juntaban para discutir sus problemas y eventualmente hacían planes a largo plazo para la liberación del territorio **(nota 19)**. En cualquier caso, su importancia política sería reducida. Se trataría de una organización que habría actuado en la clandestinidad, sin conseguir suficiente implantación social, y distando –pese a su beligerante denominación– de estar en condiciones de plantear una lucha militar, como sucedía en otras colonias portuguesas. Otros timorenses optaron por buscar vías que permitiesen ejercer una crítica sin caer en la ilegalidad.

Especialmente tras el concilio del Vaticano II, países con regímenes dictatoriales como España y Portugal vieron cómo en el seno de una Iglesia que tradicionalmente les había apoyado, surgían voces discordantes e incluso francamente

contrarias. La publicación diocesana timorense *Seara* resultó de gran importancia para la formación y difusión inicial del nacionalismo. Entre sus colaboradores se contaron Xavier do Amaral, Nicolau Lobato, Ramos-Horta e incluso el musulmán Mari Alkatiri.

En 1973 Horta publicó la carta abierta *Maubere, meu Irmão*. La consecuencia inmediata fue el cierre de la publicación, dirigida por Martinho da Costa Lopes **(nota 20)**, que posteriormente sería administrador apostólico de Díli entre 1977 y 1983. El uso como instrumento de reivindicación política del hasta entonces despectivo término *maubere* **(nota 21)**, obtuvo un no desdeñable éxito y aunque no se generalizó entre los nacionalistas timorenses, sí alcanzó una notable expansión. El *mauberismo*, que ponía en el centro de la lucha nacional al campesino común explotado, era un mensaje –con claras semejanzas con el *marhaenismo*– susceptible de enlazar con una sociedad todavía no muy evolucionada.

Las autoridades coloniales procedieron a cerrar la publicación, pero la siembra ya estaba hecha y nada podía impedir que germinase. Tras el cierre, muchos exredactores siguieron reuniéndose los domingos en el Largo Infante Dom Henrique, frente a los locales de la Administración colonial portuguesa **(nota 22)**. El nacionalismo era el único aglutinante de este

grupo, existiendo por lo demás una gran indefinición ideológica, como lógico resultado del estado de abandono de la cultura y la enseñanza.

Uno de estos jóvenes, José Ramos-Horta, consiguió trabajo en el Centro de Informação e Turismo de Díli. Como consecuencia de unas frases imprudentes, que en modo alguno amenazaban la estabilidad del sistema colonial portugués, se le envió a Mozambique, territorio envuelto en una feroz guerra contra el colonizador. La decisión fue un error, al poner en contacto a Horta con una situación de lucha por la liberación nacional. Además, el conocimiento de sociedades distintas podía favorecer la toma de conciencia de la propia especificidad nacional timorense.

Existen diversos elementos que pueden ser útiles para la construcción de un nacionalismo. Uno de ellos puede ser la raza o la lengua. En el caso de Timor Este, se hacía imposible buscar la coincidencia entre los límites del territorio y los límites de una raza o lengua. Esta última cuestión resultaba especialmente compleja. El idioma de los colonizadores no se había generalizado y había unas 30 lenguas nativas, pertenecientes además a dos grupos lingüísticos. El tétum, la lengua autóctona más conocida, no se hablaba en todo el territorio del Timor portugués y sí, en cambio, en zonas del

Timor indonesio. Tampoco era útil recurrir a una identidad religiosa católica, frente a la mayoritariamente musulmana Indonesia, porque dejaría al margen a sectores no sólo importantes, sino mayoritarios, al menos hasta 1975 **(nota 23)**. No había un pasado histórico glorioso que invocar y el reino de los Belos, que se extendió por la parte oriental de la isla, era un referente de dudoso valor. Mayor utilidad, por su proximidad cronológica, tenía la rebelión de un reyezuelo, el liurai Dom Boaventura a inicios del siglo XX, que sí atrajo cierto interés de los nacionalistas timorenses **(nota 24)**. Independientemente de constituir una reacción de una autoridad tradicional frente al avance colonialista y no una auténtica respuesta nacionalista, el recuerdo del levantamiento era insuficiente para producir una masiva movilización nacionalista. Existía, eso sí, la posibilidad de recurrir a argumentos geográficos, definiendo a toda la isla de Timor como nacionalidad. Pero esta vía no ha sido objeto de interés en Timor Este, ante los problemas que implicaría en las relaciones con Indonesia.

Los primeros nacionalistas timorenses optaron por un nacionalismo que partía de la existencia de unas fronteras previas coloniales para determinar la existencia de un pueblo en su interior, cuya voluntad por constituirse como Estado avalaba la existencia de una nación. Las fronteras coloniales pasaron

a ser consideradas nacionales **(nota 25)** y se insertó la lucha por la liberación nacional, en el contexto de la descolonización patrocinada por la comunidad internacional y especialmente por aquellos países que habían conseguido recientemente su independencia. Esta evolución coincidía básicamente con la seguida por los nacionalismos filipino e indonesio.

Cuando se produjo la Revolución de los Claveles, Timor se distinguía entre las colonias portuguesas por su mala situación en todos los índices económicos. Tenía una renta muy baja, la inmensa mayoría de la población dedicada a la agricultura y un limitado comercio exterior, del cual estaba prácticamente ausente Indonesia **(nota 26)**. La nueva Administración portuguesa no sólo toleró, sino que facilitó una incipiente vida política.

João Carrascalão, en unas palabras retrospectivas sobre aquella época, dijo que los dirigentes de la União Democrática Timorense (UDT) –el primer partido que se fundó– conocían muy bien la realidad social, definiendo ésta como un equilibrio estático desde el punto de vista económico y psicológico, pese a una manifiesta dualidad entre la población rural y los centros urbanos, en los que había surgido una elite occidentalizada y moderna, que había recibido una formación eclesiástica y tradicional y que sobre todo ocupaba puestos

en la Administración portuguesa. No obstante, la escasez de éstos hizo que pronto quedaran saturados. Otra generación más joven, cuya formación era laica y tecnócrata, se mostraba más permeable a las teorías revolucionarias en boga. Aspiraban también a convertirse en funcionarios, al igual que algunos elementos que se les unieron y que ni siquiera tenían la formación necesaria **(nota 27)**.

El primer grupo, al que perteneció el propio João Carrascalão, no optó en un primer momento por una ruptura clara con Portugal, probablemente por la condición de funcionarios de muchos de ellos. Más adelante defendieron posiciones en la línea del general Spínola, tendiendo a sostener la independencia de Timor, pero en un marco de autogobierno progresivo y manteniendo estrechos vínculos con la metrópoli tras la independencia. En este grupo destacaban algunos mestizos de gran relevancia, como Mário Carrascalão, y muchos funcionarios nativos, como Domingos Oliveira o Augusto César Mouzinho. Consiguieron algunas adhesiones entre la clase dirigente tradicional timorense, grupo que en principio no era proclive a adoptar posiciones nacionalistas. Terminarían agrupándose en torno a la UDT.

El segundo grupo, entre los que se contaban los colaboradores de *Seara*, constituyó la base de un nacionalismo progre-

sista e influido por los movimientos de liberación africanos. Figuras destacadas fueron Xavier do Amaral **(nota 28)** o Nicolau Lobato. La llegada de estudiantes timorenses que habían vivido y participado en los momentos de cambio radical en la sociedad portuguesa **(nota 29)** permitió que experimentasen un crecimiento cualitativo, teniendo presente la carencia de dirigentes suficientemente instruidos. Fundaron la Associação Social Demócrata Timorense, posteriormente transformada en Frente Revolucionária de Timor Leste Independente (FRETILIN).

En 1974 las ideas nacionalistas se circunscribían a una reducida parte de la población **(nota 30)**. Pero experimentaron pronto una sorprendente expansión. La Administración portuguesa permitió el uso de medios de comunicación modernos, como la prensa y la radio. Las fuerzas políticas eran conscientes de su importancia, produciéndose tensiones entre ellas por su control **(nota 31)**. Cabe suponer que la prensa –el periódico *Voz de Timor*– tendría un impacto cuantitativamente limitado en una sociedad básicamente analfabeta, aunque cualitativamente pudo tener mayor importancia. La radio debió llegar a un número mayor de personas. Se produjeron también manifestaciones, sobre todo en Díli.

El mayor esfuerzo propagandístico fue desarrollado por el FRETILIN y de hecho ésta sería una de sus principales bazas para imponerse a la UDT tras una breve guerra civil. Sus dirigentes se implicaron directamente en la movilización popular, que con frecuencia renunció al portugués en favor del tétum. Las campañas abarcaron los aspectos más variados, incluyendo la alfabetización, siguiendo las teorías del pedagogo brasileño Paulo Freire. Además, recurrieron a estrategias propagandísticas capaces de alcanzar a los numerosísimos analfabetos como el baile o la música. El más claro ejemplo sería la canción *Foho Ramelau*, que identificaba al pueblo timorense con el majestuoso monte Ramelau, el más alto del territorio **(nota 32)**. El resultado fue la creación de un tejido social cada vez más denso que apoyaba el nacionalismo: asociaciones de trabajadores, jóvenes, mujeres o estudiantes. Además, se procuró captar a las tropas timorenses del ejército portugués, cuyo apoyo podría resultar especialmente valioso.

### 3. Timor indonesio

Parecía difícil que el nacionalismo timorense, creado por un puñado de hombres, en general jóvenes con escasa formación cultural, pudiese movilizar a su pueblo en una lucha decidida contra un extranjero que, en todo caso, lo era menos

que el anterior ocupante y se mostraba mucho más peligroso que éste por su mayor cercanía, población y además por poseer cualidades que facilitarían la aceptación por la comunidad internacional de esta evidente quiebra del Derecho Internacional **(nota 33)**. Indonesia podía tener una amplia red de apoyos por ser un país musulmán, del Tercer Mundo y aliado de Estados Unidos.

La Indonesia de Suharto pensó que la victoria militar sería fácil. Esto nos induce a preguntarnos si se planteó vencer en el plano ideológico al incipiente nacionalismo timorense y –en caso afirmativo– con qué estrategias.

El régimen de Suharto ya tenía experiencia en la represión de ideologías que planteaban visiones alternativas políticas, sociales o nacionales. Erradicar el nacionalismo timorense antes de su consolidación fue una prioridad para Suharto, no tanto por la amenaza que supondría la eventual vinculación del nuevo Estado al bloque comunista, como porque la simple existencia de dicho Estado podría actuar como un peligroso modelo para diversas áreas de la propia Indonesia que habían manifestado tendencias secesionistas. Por eso se planteó la conquista también como una conquista ideológica. Conquista que se reveló tan difícil e infructuosa a largo plazo como la militar, debido tanto a los méritos de los nacio-

nalistas timorenses como a los errores de los nacionalistas indonesios.

Desde el punto de vista militar, hacia 1980, la existencia de una guerrilla nacionalista timorense constituía una considerable molestia, pero no una amenaza grave para la ocupación. Era un buen momento para intentar ganarse las simpatías de la población y privar de base social a los nacionalistas timorenses.

La lucha en el terreno lingüístico ofreció buenos resultados a Indonesia. La prohibición y persecución del portugués no implicó graves problemas, ya que el idioma estaba poco extendido. Muchos de los timorenses que hablaban portugués se contaban entre las víctimas de la represión indonesia. No en vano, entre ellos se contaban muchos de los primeros nacionalistas timorenses. Además la lengua oficial –bahasa indonesia– fue introducida con rapidez, siendo comprendida hacia 1981 por un tercio de la población. Cabía esperar de esta modificación lingüística repercusiones sobre la integración en Indonesia, al favorecer los contactos con los territorios vecinos, no muy intensos en el período portugués. El cambio lingüístico podía ser percibido incluso como ventajoso –con relación al portugués– por parte de la población timorense.

También se potenció la escolarización, culminando con la creación de una universidad en Díli, sin olvidar los numerosos estudiantes que acudían a Indonesia, especialmente a Java, para cursar estudios universitarios. Se pretendió superar el *primitivismo* de la sociedad timorense introduciendo los valores sociales javaneses y se promovió el encuadramiento de jóvenes o mujeres en organizaciones que, entre otras actividades, fomentaban el nacionalismo indonesio. La construcción de carreteras, al margen de sus funciones militares, contribuyó a la modernización económica y a la intensificación de las relaciones con el Timor indonesio.

Pero los indonesios cometieron errores. Las operaciones militares tuvieron consecuencias directas sobre el debate ideológico. Con el fin de privar de apoyo entre los aldeanos a las fuerzas de la guerrilla, se internó a más de 250.000 timorenses en 150 campos de reasentamiento, al tiempo que se produjo un fuerte proceso de urbanización, que afectó especialmente a Díli. La operación *barrera de piernas* **(nota 34)** (*pagar betis*) movilizó a millares de timorenses, lo que repercutió sobre las tareas agrícolas, al provocar una hambruna que aumentó el rencor hacia el ocupante. La brutal represión indonesia, a la que no escaparon ni siquiera algunos de los

escasos integracionistas, contribuyó a privar al ocupante de un amplio apoyo popular.

Además, desde 1980 comenzó la llegada de colonos indonesios, que debían contribuir a hacer del territorio una parte indiferenciada de Indonesia. Era parte de un proceso más amplio, la *transmigrasi*, en virtud del cual se producen desplazamientos desde las islas más pobladas –especialmente Java– a las menos ocupadas. Los inmigrantes fueron los principales beneficiarios de la modesta expansión económica que se comenzó a experimentar **(nota 35)**, pero situaron a la población autóctona en un plano de inferioridad respecto a los recién llegados.

En realidad, la ocupación indonesia no habría hecho sino continuar un proceso colonizador que no había alcanzado la completa madurez bajo el dominio portugués. En este sentido, el desarrollo de un nacionalismo anticolonial sería un efecto natural.

La dominación indonesia aceleró algunas tendencias –urbanización, escolarización, etc.– presentes ya en los últimos tiempos del dominio portugués. Pero además la invasión indonesia constituyó un fuerte impacto a una sociedad que, incluso bajo el dominio portugués, se caracterizó por un ritmo muy lento de cambios económicos, sociales, etc.

Según Taylor, la única esperanza para los indonesios radicaba en la rápida destrucción de la estructura social existente y la sustitución por otra más fácilmente controlable. De ahí la puesta en marcha de programas de reorganización económica, control de la vida familiar, realojamiento, minado de la cultura timorense e inculcación de los valores indonesios, todo ello acompañado por una amplia campaña de intimidación militar **(nota 36)**.

Desplazamientos forzosos, llegada de inmigrantes, escolarización, matanzas masivas... Y todo ello en un período muy breve. Efectivamente –y esto sí debía entrar en los cálculos indonesios– la estructura social preexistente no fue capaz de resistirlo y quedó colapsada. Quienes, a inicios de los 80, escaparon a la muerte de casi un tercio de sus compatriotas, se hallaban en un mundo extraño. La situación era radicalmente distinta respecto a la que existía apenas diez años antes. Las estructuras locales o tribales quedaron obsoletas. Indonesia había creado un marco excelente para el desarrollo de ideas nacionalistas.

Ahora bien, existía la posibilidad de que el catalizador de las ideas nacionalistas fuese la propia Indonesia. Ya se han señalado algunos factores que dificultaron esta evolución, pero debemos referirnos también a problemas estructurales del

nacionalismo indonesio. Desde su independencia, Indonesia se ha mostrado incapaz de ofrecer una respuesta sugestiva y respetuosa que permitiese mantener la integridad de un espacio tan plural, prefiriendo optar por visiones centralizadoras y por la represión de las discrepancias nacionalistas. A esto se sumaron errores estratégicos. La llegada masiva de inmigrantes –causa también de conflicto en otras islas– debió hacer que el timorense percibiese más claramente al indonesio como extranjero y además con el frecuente efecto añadido de desplazar a la población nativa de los puestos más importantes en la política, la economía o la sociedad. El timorense se estaba convirtiendo en un extranjero postergado en su propia tierra. Sin la presión demográfica y la consiguiente subordinación social promovida por Indonesia, la integración habría tenido más posibilidades de triunfo. Pero era sobre todo la terrible represión indonesia la que dificultaba la extensión de un nacionalismo indonesio entre la población. Represión que se excedió tanto en su intensidad como en su duración.

Señalados los problemas del nacionalismo indonesio para integrar a la mayoría de la población, pasaremos ahora a analizar la evolución del nacionalismo timorense. Si en la primera fase lo sorprendente fue la extensión de una ideología que acababa de nacer, durante la ocupación llama la

atención su permanencia frente al colosal enemigo al que se enfrentaba. Los nacionalistas timorenses se esforzaron para que esto fuese así.

Para Taylor gran parte del éxito inicial de la resistencia a la invasión se debió a que la organización nacionalista timorense supo integrar los elementos locales y mantener estructuras tradicionales **(nota 37)**. Pero, más allá de esto, los nacionalistas consiguieron, en la década de los 80, superar viejas disputas y anteponer la lucha nacional a las luchas partidistas. Hubo además relevos en el liderazgo nacionalista. En la década de los 70 no se contó con un líder aceptado por la totalidad de los nacionalistas. Nicolau Lobato, que durante la invasión se había consolidado como la figura más destacada del nacionalismo timorense, había muerto combatiendo.

Fue entonces cuando José Alexandre Gusmão –*Xanana* Gusmão–, hasta entonces en un segundo plano, comenzó a brillar con luz propia. Xanana era hijo de un maestro que se consideraba un buen portugués. El fallecimiento de un tío telefonista en Díli hizo que la única posibilidad para realizar estudios pasase por el ingreso en el seminario de Dare, que abandonó posteriormente. En 1964 intentó conseguir una plaza como funcionario, pero se vio postergado, al darse preferencia a esposas de portugueses, mestizos o hijos de la

clase dirigente tradicional. Ingresar en el funcionariado era, a pesar de todo, la mayor esperanza de ascenso social para muchos timorenses que habían recibido una cierta formación. José Alexandre conoció a Justino Mota o Borja da Costa, que destacarían por sus ideas nacionalistas y procurarían atraer a José Alexandre a las filas del FRETILIN, mientras Francisco Lopes da Cruz intentó, sin éxito, captarlo para la UDT **(nota 38)**.

Más que la capacidad organizativa de Xanana, nos interesa aquí poner de relieve su habilidad para dar prioridad a la lucha por la liberación nacional, que le proporcionó un liderazgo casi indiscutido. Los términos en los que se planteó la lucha nacional resultaban impecablemente democráticos y difíciles de rechazar para quienes desde el exterior vieron años antes al FRETILIN más como un potencial apoyo para el comunismo en la zona que como un movimiento nacionalista. El pueblo timorense se presentaba como un pueblo bien organizado y con una estructura sólida –el Conselho Nacional da Resistência Timorense– que integraba a diversas formaciones y cuyas ramificaciones alcanzaban a la práctica totalidad del tejido social.

El nacionalismo timorense se confirmaba claramente como un nacionalismo político. Independientemente de que hiciese

referencia a peculiaridades culturales, lo que definía la nación timorense era la voluntad de los timorenses para construir un Estado-Nación más, reclamando un derecho a la autodeterminación que le reconocía el Derecho Internacional. Además, indicó que el enemigo no era el pueblo indonesio, sino el entramado corrupto de la Dictadura de Suharto que privaba de libertad política y dificultaba el adecuado desarrollo económico de ambos pueblos.

Si hacia 1980 el riesgo de desaparición del nacionalismo timorense era evidente, una década más tarde se había hecho evidente su excelente capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias, permitiendo la persistencia de un conflicto nacionalista.

Mención especial merece la relación entre catolicismo y nacionalismo timorense, que ha sido estudiada por Peter Carey. Los católicos eran apenas el 13% en 1952, pero en el momento de la invasión eran ya un tercio. La extensión del Catolicismo fue selectiva, de forma que hacia 1975 la mayoría de la elite timorense era ya católica. Carey señala la creciente preocupación del clero timorense por la justicia y los Derechos Humanos durante la ocupación indonesia. La decisión de la jerarquía católica timorense de sustituir en el uso eclesiástico el portugués –una vez prohibido– por el tétum y no por

el bahasa en 1981 habría contribuido a reforzar la identidad timorense. Diversas celebraciones religiosas fueron aprovechadas para realizar demostraciones nacionalistas, como la manifestación realizada tras la misa de Juan Pablo II en Díli en 1989. La mayoría animista, al verse forzada a adoptar alguna de las cinco religiones aceptadas por Indonesia, optó por el Catolicismo, que se convirtió en religión ampliamente mayoritaria **(nota 39)**. Pero la adopción del Catolicismo no fue un hecho puramente formal y el Catolicismo pasó a ser uno de los rasgos distintivos, si no del nacionalismo timorense, sí de la mayoría de sus partidarios.

Desde el lado indonesio no faltaron esfuerzos para difundir el Islam, pero para la mayoría era la religión del invasor. Por otra parte se interfirió en la actividad de la Iglesia católica. Se favoreció la llegada de sacerdotes indonesios y se dificultó la de sacerdotes extranjeros. Indonesia conseguiría acallar la voz crítica del administrador apostólico de Díli **(nota 40)** Martinho Lopes da Costa, sustituyéndole por un joven salesiano que había pasado fuera de la isla los dramáticos momentos de la ocupación: Carlos Filipe Ximenes Belo.

Carlos Belo terminó siendo –como Xanana Gusmão– una figura que reunió las más amplias simpatías. Acogido inicialmente con recelos entre los nacionalistas, acabaría con-

virtiéndose en un referente de primera importancia para el nacionalismo timorense. Sería inexacto reducir la figura de monseñor Belo a la dimensión nacionalista, pero tampoco es posible prescindir de ella. Cuando se dirigió por escrito al Secretario General de la ONU expuso ya su preocupación no sólo por el pueblo, sino por la nación timorense. Debiendo actuar en el interior del territorio, monseñor Belo tenía poca más libertad de acción y más riesgos para su integridad física que un timorense común. Cuando defendía los derechos nacionales no hacía, por otra parte, más que reflejar las esperanzas de sus feligreses.

Hemos sostenido que la brusca ruptura que supuso la invasión indonesia generó una incertidumbre que favoreció la extensión del nacionalismo timorense. Pensamos que otro tanto se puede decir de la extensión del Catolicismo. Destruidos otros referentes tradicionales y repudiados los nuevos establecidos por los indonesios, la Iglesia católica timorense era en aquellos momentos difíciles el único refugio que hallaba una población masacrada y desorientada. La política indonesia hizo que dos fenómenos inicialmente diferentes como Nacionalismo y Catolicismo experimentaran una creciente confluencia. A medida que las tropas timorenses retrocedie-

ron, el papel de la Iglesia se incrementó. Para eso fue necesario una actitud por parte del clero favorable a esta línea.

Posiblemente el nacionalismo timorense, como el polaco o el irlandés, ha quedado impregnado por un Catolicismo que responde en gran medida al rechazo de poderosos países vecinos. Este proceso se habría producido especialmente en los años 80.

En la década de los 90 la solidez del movimiento nacionalista permitiría no sólo soportar la tremenda presión de la potencia ocupante, sino lograr importantes éxitos propagandísticos internacionales que condujeron a la celebración del referéndum de 1999, que evidenció el masivo apoyo de la opción independentista.

## Notas

1. Luis Togores comenta también que ya Pi y Margall había relacionado la apertura del canal de Suez con un aumento del nivel cultural de indígenas y mestizos filipinos, permitiéndoles acceder a ideales emancipadores. Togores Sánchez, Luis E., «Antecedentes y causas de la revuelta tagala de 1896-1897», en Ramos, Demetrio y Diego, Emilio de (dirs.), *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*, Madrid, Complutense, 1997, p. 134.

2. Díaz-Trechuelo, Lourdes, «Filipinas: extensión del movimiento independentista», en Ramos, Demetrio y Diego, Emilio de (dirs.), *Cuba...,* p. 115.

3. Godet-Goujat, Hélène, «La Liga Filipina, creada por José Rizal en 1892, como balance político y base de un programa nacional para Filipinas», en Naranjo, Consuelo, Puig-Samper, Miguel A. y García Mora, Luis Miguel (eds.), *La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Doce Calles, 1996, p. 83.

4. Pramoedya Ananta Toer hace que su personaje literario Minke, que terminaría evolucionando hacia el nacionalismo, diese los primeros pasos en esa dirección tras conocer las luchas nacionalistas filipinas a través del nacionalista chino Khouw Ah Soe. Mayor si cabe fue su sorpresa por la visión de Filipinas que le proporciona el holandés Ter Haar: un país con mayor nivel de educación, capaz de organizarse, hacer huelgas y luchar para convertirse en un moderno Estado independiente. Toer, Pramoedya Ananta, *Hijo de todos los pueblos*, Tafalla, Txalaparta, 1996, pp. 97, 101 y 289-295.

## Notas

**5.** García Picazo, Paloma, «Sudeste Asiático», en Blas Guerrero, Andrés de (dir.), *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997, p. 496.

**6.** Barbedo de Magalhães, António, *Timor Leste na Encruzilhada da Transição Indonésia*, Lisboa, Gradiva, 1999, pp. 16 y 19-20.

**7.** El personaje literario Trunodongso, de la ya mencionada novela *Hijo de todos los pueblos* recuerda inevitablemente a Marhaen como modelo de campesino javanés.

**8.** Cayrac-Blanchard, Françoise, *L'Armée et le Pouvoir en Indonésie*, Paris, l'Harmattan, 1991, p. 17.

**9.** Carlos Vieira da Rocha pone de relieve la importancia de los timorenses del Timor holandés en las célebres «columnas negras». También habla de la participación del liurai de Fohorem en la lucha contra los portugueses. Tal vez sí pueda haber cierta ideología nacionalista tras los planes contra los portugueses que planeaban realizar en Liquiçá un mestizo y dos timorenses occidentalizados, que fueron asesinados por los propios japoneses. Rocha, Carlos Vieira da, *Timor. Ocupação Japonesa Durante a Segunda Guerra Mundial*, s. l. (¿Lisboa?), Sociedade Histórica da Independência de Portugal, 1996, pp. 67, 76-82 y 128. José Duarte Santa también habla de la implicación de timorenses occidentales en la agitación antiportuguesa, así como de javaneses traídos con tal fin por los japoneses. Santa, José Duarte, *Australianos e Japoneses em Timor na II Guerra Mundial 1941-1945*, s. l. (¿Lisboa?), 1997, pp. 55, 62 y 165.

**10.** Una fraudulenta consulta, aprovechando el prestigio internacional que entonces tenía Indonesia gracias a su defensa de la descolonización y el no alineamiento, consagró la integración del territorio, con el aval de la ONU.

**11.** Tarling, Nicholas, *Nations and States in Southeast Asia*, Cambridge, Cambridge UP, 1998, p. 21.

**12.** Lacomba i Bazquez, Josep, *Timor Oriental. De la independència al genocidi*, estudio inédito, 1998, p. 12.

**13.** Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993, pp. 169-170.

**14.** Entre los nacionalistas timorenses, Francisco Nicolau publicó un breve pero interesante artículo criticando los excesos ideológicos y manipuladores de algunos de sus compañeros al señalar los orígenes del nacionalismo en un pasado remoto. Señala en él que la ideología nacionalista tiene un origen europeo y en el caso del timorense, unos indelebles rasgos portugueses. Nicolau, Francisco, «Nacionalismo à medida», *Kaibauk*, n.º 10, Linda-a-Velha, 1994, pp. 6-7.

**15.** Barata, Filipe Themudo, *Timor contemporâneo. Da primeira ameaça da Indonésia ao nascer de uma nação*, Lisboa, Equilibrio editorial, 1998, pp. 50-53.

**16.** Gusmão, Xanana, *Timor Leste. Um Povo, uma Pátria*, Apresentação de Viriato Soromenho Marques, Prefácio de Mário Soares, Lisboa, Colibri, 1994, pp. 10-11.

**17.** Defert, Gabriel, *Timor Est. Le génocide oublié*, Paris, L'Harmattan, 1992, pp. 39-40.

**18.** Barata, Filipe Themudo, *Timor contemporâneo...*, pp. 50-53.

**19.** Veloso, Maria Ângela Carrascalâo, *Timor. Os anos da Resistência*, Queluz, Mensagem, 2002, pp. 128-129. Al parecer el grupo habría estado infiltrado por la PIDE, policía política salazarista. El hecho de que no se procediera a medidas represivas debe interpretarse como síntoma de la escasa peligrosidad del grupo.

**20.** Ramos Horta, José, *Timor Leste. Amanhã em Díli*, Prefácio de Noam Chomsky, Textos de Xanana Gusmão, Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1994, pp. 77 y 97.

**21.** La palabra *maubere* se utilizaba para denostar a los timorenses *vulgares*, poco occidentalizados. Pero muchos nacionalistas pasaron a emplearla para designar a los timorenses *castizos*.

**22.** Defert, Gabriel, *Timor Est...*, p. 41.

**23.** Se estima que entonces un 30% de la población era católica, existiendo reducidas minorías protestantes o musulmanas y dominando entre la mayoría de la población creencias tradicionales.

**24.** Según Ramos-Horta, Abílio Araújo lo consideraría el padre de la lucha nacionalista. En agosto de 1974 Ramos-Horta y otros dirigentes de la ASDT visitaron a la viuda de Dom Boaventura para conseguir su apoyo (Horta, *Amanhã...*, pp. 69 y 95).

**25.** Las fronteras entre el Timor holandés y el portugués sólo se fijaron definitivamente a inicios del siglo XX y consagraron fenómenos

curiosos pero escasamente defendibles desde la racionalidad o un nacionalismo de base étnica o cultural como el enclave de Ocussi-Ambeno, fruto de la insistencia portuguesa por retener en sus manos el territorio en el que se situó su primera capital, Lifau.

**26.** Defert, Gabriel, *Timor Est...*, pp. 48-50.

**27.** Discurso de João Carrascalão en la apertura del Congreso Internacional de la Juventud Timorense celebrado en Sidney en diciembre de 1994, publicado como suplemento en *Kaibauk*, n.º 12, Linda-A-Velha, 1994.

**28.** Ramos-Horta atribuye a Amaral un nacionalismo marcadamente etnicista que excluía de la nación timorense a quien no tuviese sangre indígena (Horta, José Ramos, *Timor Leste...*, pp. 93-94 y 111). No se trataría de un caso aislado, extendiéndose en otros casos los prejuicios étnicos hacia los mestizos.

**29.** Entre ellos se encontraban Vicente Reis (*Sa'e*), Abílio Araújo (que defendía ideas maoístas), Rosa Bonaparte (*Muki*) o Borja da Costa. Su actividad en Lisboa se desplegó en la Casa de Timor, donde residían muchos de los aproximadamente 40 timorenses que estudiaban en Portugal. El futuro obispo Carlos Belo asistió a una de las reuniones que allí se celebraron. Kohen, Arnold S., *D. Ximenes Belo. Por Timor*, Lisboa, Notícias, 1999, pp. 92-93.

**30.** Alguien tan cualificado como Xanana Gusmão comenta los temores que sintió tras la Revolución de los Claveles, por dudar que una *elite timorense que no era elite, sino un conglomerado de*

*funcionarios* fuese capaz de conseguir la independencia (Gusmão, Xanana, *Timor Leste...*, pp. 11-12).

**31.** Pires, Mário Lemos, *Descolonização de Timor. Missão Impossível*?, Lisboa, Círculo de Leitores, 1991, p. 108.

**32.** El monte Ramelau fue un referente también para el nacionalismo portugués. En las escuelas salazaristas se enseñaba que era la montaña más alta de «Portugal» y solía ser el único accidente geográfico timorense conocido por los portugueses.

**33.** Sobre la cuestión de Timor desde el punto de vista del Derecho Internacional, contamos con la valiosa aportación de Ferrer Lloret, Jaume, *La aplicación del principio de autodeterminación de los pueblos: Sáhara Occidental y Timor Oriental*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

**34.** Consistió en hacer avanzar a civiles timorenses al frente de las tropas indonesias en los lugares donde operaba la guerrilla para forzar a ésta a rendirse o a provocar muertes entre sus compatriotas si se resistían.

**35.** Defert, Gabriel, *Timor Est...*, pp. 116, 157-158, 178-182 y 192. Taylor, John G., *Timor...*, pp. 218-219.

**36.** Taylor, John G., *Timor. A História Oculta*, Venda Nova, 1993, p. 370.

**37.** *Ibidem*, p. 191.

**38.** Gusmão, Xanana, *Timor Leste...*, pp. 1-12.

**39.** Carey, Peter, «The Catholic Church, Religious Conflict and the Nationalist Movement in East Timor, 1975-97», en Leite, Pedro Pinto (ed.), *The East Timor Problem and the Role of Europe*, Lisboa, 1998, pp. 270 y 275-278.

**40.** El Vaticano no nombró un obispo en Díli para evitar que se integrase en la Conferencia Episcopal Indonesia, lo que habría implicado un reconocimiento de la anexión. Las funciones del obispo eran desempeñadas por administradores apostólicos directamente dependientes de Juan Pablo II.